

Enrique PÈLACH, *Abancay. Un obispo en los Andes peruanos*, Madrid, Rialp, 2005, 173 pp.

El autor (Gerona, 1917-2007), fue obispo de Abancay y uno de los cinco sacerdotes que marcharon a tierras peruanas junto a mons. Ignacio Orbegozo, primer prelado *nullius* de Yauyos, en 1957. El texto, autobiográfico, cuenta la historia de un niño, luego sacerdote, “que soñaba con ser misionero, que gracias a Dios y al Opus Dei, llegó a los Andes del Perú y a Abancay”. Desde muy joven, mientras cabalgaba por los caminos de la finca de sus padres, alimentaba esos deseos imaginándose muy lejos. Vinieron después los años de seminario en Gerona, los estudios en Roma, muchos días de apostolado sacerdotal y numerosos hechos que considera providenciales. Entre éstos señala el encuentro con san Josemaría que marcó su vida y facilitó su paso a Perú. A los cuarenta años llegó a Yauyos, donde desarrolló su labor pastoral hasta que, en 1968, once años más tarde, Pablo VI le nombró obispo de la diócesis de Abancay.

El trabajo pastoral de los recién llegados a un extenso territorio eclesiástico, abandonado en todos los aspectos, comenzó por la distribución de los sacerdotes, de modo que nunca estuvieran solos. Interminables cabalgatas por cerros y quebradas llevaban a aquellas buenas gentes la atención espiritual que necesitaban. En 1968, familiarizado ya con los Andes, mons. Pèlach comenzó su tarea episcopal. La diócesis pasó de 12.000 a 80.000 habitantes y de doce a veintiséis sagrarios gracias a la creación de seminarios, noviciados, parroquias y obras apostólicas. Ya desde su primera iniciativa –un comedor de ancianos–, cada hecho ponía de manifiesto nuevas necesidades. Así, continuó luego con un asilo para estos ancianos, un hogar para los niños de la calle, la ampliación del asilo, un centro médico para leprosos, un seminario menor, casas de retiro, la primera publicación diocesana, la edición de *Guía cristiana*, etc. Entre grandes y pequeñas, solas y adjuntas, se construyeron ochenta iglesias. Contó con la colaboración –siempre ejemplar– de sacerdotes y religiosos peruanos y extranjeros, y de religiosas cuya ayuda fue inestimable. Con motivo del quinto centenario de la evangelización, la llegada de nuevos movimientos apostólicos a la diócesis dio un gran impulso a la misión de los laicos.

Cincuenta años después del comienzo de la aventura, mons. Pèlach escribía este testimonio de cordial agradecimiento a san Josemaría, que le impulsó siempre hacia el encuentro con Dios, en todas las circunstancias de su camino sacerdotal y episcopal, y a las personas particulares e instituciones internacionales. Agradece también su pertenencia a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que le ha asegurado la atención humana y espiritual en todas las andanzas de su actividad pastoral.

Mercedes Alonso de Diego